

La poética del rigor

EN 1934, JAN MUKAROWSKY DEFINIÓ EL POEMA COMO SIGNO, como unidad significativa y autónoma, pero no destacó demasiado otro rasgo que la vieja teoría de la literaria conocía muy bien, la *complejidad*. Este rasgo es válido para la buena poesía, para el texto que no se queda en la superficialidad del *signatum* y constituye un universo polivalente, lejano de la transferencia de responsabilidad comunicativa de que hablara Brooks. Aquí es donde sitúo la característica básica de la poesía de Ruiz Noguera, aquí está su modernidad, lejana de coyunturas pasajeras. El autor ha sabido construir un universo riguroso, ordenado e inmanente en su propia productividad de sentidos, que satisface la necesaria «*correlazione* dinamica delle parti o sottostrutture di cui è formato», de que habla Marchese.

La poesía de Ruiz Noguera nunca ha sido un trabajo improvisado, es resultado de una voluntad de estilo muy orteguiana que deja poco espacio a lo fácil y que se ofrece sólida y sistemática. Pero cuidado, no es poesía intelectual y fría, es un «juego canalla» construido sobre la recreación del universo vivido-imaginado, en la dialéctica integradora de una visión atenta del mundo que no abdica de la necesaria creación de belleza como parte de ese juego.

Desde este punto de partida de implicar y explicarse, se ofrece la perfecta construcción formal de unos versos llenos de *arte*, en el sentido técnico de la retórica, que construyen nuevos sistemas míticos sobre las ruinas venerables de los grandes sistemas de interpretación: la imposibilidad del conocimiento total, la necesidad de evocar los detalles que singularizan la percepción y con ella el reflejo del sentimiento evocado que sigue activo, la circularidad del espacio en busca de los paraísos perdidos en una elegantísima recreación de léxico preciso y, en fin, la presencia del cuerpo con un contenidismo que condensa aún más la pureza del sentido.

Esta indagación se desarrolla, preferentemente, en versos de siete, once y catorce sílabas y con *dispositio* nada apresurada, musical y perfecta, rasgos que, por fortuna, hoy se recuperan y de los que esta poesía es modélico ejemplo.

ANTONIO GARRIDO